

## EMPODERAR NO EMPOBRECE NUESTRA LENGUA: IDEOLOGÍA Y PREJUICIOS LINGÜÍSTICOS

GERTRUDIS PAYÀS

(Artículo publicado en la revista *Apuntes*, volumen 6, nº 4, otoño de 1998, Nueva York.)

Cuando llegamos a China las intérpretes que íbamos a trabajar para el Foro de Organizaciones no gubernamentales de la mujer (foro previo a la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el mismo tema), nos habían organizado una reunión con las responsables del Foro, entre ellas, algunas traductoras de los documentos de trabajo.

En esa reunión nos dieron instrucciones precisas sobre cómo utilizar y traducir la terminología propia del área. Para “*empowerment*”, la equivalencia era “empoderar”. Nos indicaron que los términos neutros del inglés “*president*” y “*member*”, por ejemplo, se traducían en femenino (“*presidenta*”, “*miembra*”), y nos recordaron que en esa conferencia, “*we*” no sería “nosotros”, sino “nosotras”, advertencia no poco atinada en ese caso, pues en el aislamiento de la cabina era fácil caer en la práctica habitual del uso del masculino.

Terminado el Foro de Huairou fui a interpretar en la última fase de la Conferencia de las Naciones Unidas, en Beijing, la conferencia oficial. Ahí, “*empowerment*” fue, efectivamente, “habilitar” o “potenciar”, y “*member*” y “*we*” volvieron a ser masculinos en español.

Para entender el concepto de “*empowerment*”, he aquí un ejemplo: en la revista *Development in Practice*, que publica la ONG Oxfam, en su número 3, de 1993, aparece un artículo con este título: *People’s empowerment from the people’s perspective*, y la primera frase reza: “*The word empowerment is not unfamiliar to us. It implies that we, the Poor, lack the power to improve the quality of our lives...*” Y el resto del artículo gira en torno a la noción de que los gobiernos y las ONG creen que los pobres son apáticos y que carecen de fuerza (*power*) para salir de la pobreza. No se trata de poder político, sino de ímpetu y capacidad (el cuento aquél de que los pobres son pobres porque quieren). La noción de “*empower*” significa enseñar a los marginados a hacer frente por sí solos a sus problemas.

Quizás resulte difícil para las vanguardias de la asistencia social aceptar “habilitar” o “potenciar”, porque el concepto de “*empower*” refleja un rompimiento con la práctica de la “ayuda al desarrollo”, que consiste en enviar dinero o equipos a los gobiernos de los países pobres o en hacer proyectos para ellos desde los despachos de los funcionarios de los países desarrollados. Para el caso de la mujer, un ejemplo claro de “*empowerment*” es el del microfinanciamiento, que ha instrumentado el Banco Grameen en Bangladesh (pequeños créditos y capacitación para su manejo).

Por todo eso creo que no podemos prescindir del matiz ideológico en esta discusión. Cuando alguien acuña “empoderar”, y esta palabra cuaja, quiere decir que para un número significativo de personas el concepto que esta palabra designa es novedoso, y que merece figurar como una entrada autónoma en el diccionario, y no como una acepción más de “habilitar” o de “potenciar”.

Algo parecido sucede con la palabra “género”: el término “sexo” remite a diferencias biológicas; en cambio, “género” remite a un “esquema social y cultural de percepción de las diferencias, atributos y conductas del hombre y la mujer. El concepto de género pone de manifiesto que las diferencias que se reflejan en los estereotipos sexuales o distinciones sexuales percibidas por la sociedad no tienen nada de natural” (English-Chinese Lexicon of Women and Law, UNESCO y CTPC, 1995), distinción nada desdeñable en esta época, en la que tratamos de incorporar a los derechos humanos a todas las orientaciones sexuales.

Que esas palabrejas no nos suenen no indica sino que tenemos que vencer nuestros prejuicios lingüísticos. A reserva de lo que digan los terminólogos, “empoderar” parece construido como “embarcar” o “embutir”, y su sentido no es difícil de entender. Dejemos que camine junto a habilitar y potenciar, y ya se verá si perdura. Todo ello no es sino un muestra más de que sentimos la lengua como nuestra casa, y cualquier elemento nuevo que quiera entrar en ella tendrá que pasar por la prueba de nuestros prejuicios.

Para mí, empoderar no empobrece nuestra lengua. Otras cosas me preocupan más, como que se diga “esto no es mi problema” en lugar de “no es problema mío”. Y cito a Tusón en su estupendo libro El lujo del lenguaje: “...la defensa de una lengua nunca habría de plantear como combate fundamental la expulsión del barbarismo. El punto clave es otro: las lenguas se ganan o se pierden en la palestra de la fonología, de la morfología y de la sintaxis, y podemos estar seguros de que el peligro real se cierne cuando se aprecia cómo se desdibujan las construcciones genuinas de una lengua”.